

ÁNGEL APARICIO RODRÍGUEZ, cmf.

SALMOS 73-106

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	9
-------------------	---

COMENTARIO

SALMO 73.....	17
SALMO 74.....	33
SALMO 75.....	47
SALMO 76.....	57
SALMO 77.....	67
SALMO 78.....	79
SALMO 79.....	101
SALMO 80.....	111
SALMO 81.....	121
SALMO 82.....	131
SALMO 83.....	139
SALMO 84.....	147
SALMO 85.....	157

SALMOS 73-106

SALMO 86.....	167
SALMO 87.....	177
SALMO 88.....	185
SALMO 89.....	195
SALMO 90.....	213
SALMO 91.....	223
SALMO 92.....	233
SALMO 93.....	243
SALMO 94.....	249
SALMO 95.....	259
SALMO 96.....	267
SALMO 97.....	275
SALMO 98.....	283
SALMO 99.....	289
SALMO 100.....	297
SALMO 101.....	303
SALMO 102.....	311
SALMO 103.....	325
SALMO 104.....	337
SALMO 105.....	351
SALMO 106.....	367
<i>BIBLIOGRAFÍA BÁSICA</i>	385

PRESENTACIÓN

Comento en este tercer volumen los salmos pertenecientes a los libros tercero y cuarto del Salterio (Sal 73-89 y 90-106). Estos dos libros, como los dos precedentes (Sal 1-42; 43-72), finalizan con una doxología: «Bendito sea por siempre Yahvé! ¡Amén! ¡Amén!» (Sal 89,53), y «¡Bendito Yahvé, Dios de Israel, / desde siempre y para siempre! Y todo el pueblo diga: ¡Amén!» (106,48). El autor de las doxologías es probablemente el que dividió el Salterio en cinco libros. ¿Fue arbitraria esta división? ¿Se fijó en los títulos de los salmos para establecer las divisiones? ¿Prestó acaso su atención a los contenidos y al progreso del pensamiento? Nunca sabremos qué criterios tuvo el autor de las doxologías para transmitir a la posteridad cinco libros en uno. Al presentar el vol. II proponía la hipótesis de que cada libro tuviera un matiz peculiar. Continúo con esta misma hipótesis para los libros tercero y cuarto del Salterio.

Atendiendo a los títulos, once salmos del tercer libro son atribuidos a Asaf (Sal 73-83); cuatro, a los hijos de Coré (Sal 84-85 y 87-88); uno, a David (Sal 86); y otro, a Etán (Sal 89). Me fijo en un detalle de este libro; llama la atención las ocasiones en que se repite en el tercer libro el verbo “recordar”: *quince veces* (diez en el primer libro; cinco en el segundo; quince en el tercero; ocho en el cuarto; doce en el quinto). El dato puede parecer irrelevante para detectar algo que pueda ser peculiar del tercer libro. No es infrecuente en este libro la mirada al pasado, objeto del recuerdo, y la tensión hacia el futuro que es propia de la esperanza. ¿Qué se vive en el momento presente?

El presente está impregnado de decepción o es, al menos, la hora de la tentación. La prosperidad de los malvados es un desafío para la

inteligencia y para la fe. No pasan tribulaciones como los demás (Sal 73,5), sino que están sanos y rollizos (73,4). ¿Gana algo el creyente por mantenerse fiel a Dios? ¡Nada! Él, como muchos de sus hermanos, a punto ha estado de dar un mal paso (v. 2) y de irse tras los malhechores (v. 10). Para superar esta tentación no es suficiente conocer a Dios de oídas y saberse la doctrina tradicional de la retribución. Se requiere una profunda experiencia religiosa: «Yo estoy siempre contigo» (v. 23). Hallándose junto a Dios, nada más deseará en la tierra (v. 25). También el Sal 84 festeja la intimidad con Dios: «¡Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre!» (84,5). La comunión con Dios es la experiencia básica que llena de sentido y de contenido el momento presente. En el presente se vive el dolor máximo de la destrucción del templo y de la ciudad santa, junto con la humillación del Ungido de Dios (Sal 74; 78,60-62; 79; 80,13-14; cf. Sal 83,3; 89,39-46), lo que provoca una amarga pregunta sobre el rechazo divino (Sal 74,1; 77,8) o bien que los paganos pregunten con sarcasmo: «¿Dónde está tu Dios?» (Sal 78,10). ¿Dónde quedan los «primeros amores» de Dios? (Sal 89, 50). Éstos y otros interrogantes similares nos llevan a recorrer el camino del recuerdo.

La historia santa del pasado, tejida con la protección divina y el pecado del pueblo, pertenece al patrimonio del salmista, que ha de transmitirlo a la generación venidera (Sal 78,3-4). ¡Cuántas esperanzas ha sostenido el recuerdo de la elección de David! (Sal 78,71-72). Es el momento de recordar los años remotos (Sal 77,6), las «proezas de Yahvé» y sus «antiguos portentos» (77,12), sus «obras y sus hazañas» (77,13). Se recuerda toda la historia santa (Sal 80), porque la antigua protección divina es garantía de auxilio en el presente, con tal de que el pueblo quiera escuchar ahora (Sal 81,14-15). Al capítulo del recuerdo pertenecen también las debilidades del pueblo. El fiel recuerda, y también Yahvé debe acordarse. Ha de recordar la comunión adquirida antaño (74,2); ha de recordar que los hijos de su pueblo son tan sólo carne (78,39), incapaces de acordarse de la mano divina (78,42); ha de recordar igualmente lo dura que es la vida de su pueblo (89,48). No ha de acordarse, sin embargo, de «las culpas de los antepasados» (79,8). Ha de recordar los ultrajes del enemigo, dirigidos contra Dios (74,18.22) y contra sus siervos (89,51).

El pasado recordado es patrimonio del presente, y éste se asoma al futuro. El Dios «temible para los reyes del orbe» (76,13) está para iniciar un futuro rebosante de esperanza. Se espera la llegada del

reino ideal: «Dios anuncia la paz..., la salvación está ya cerca..., la justicia marchará ante él» (85,9.10.14). La mirada hacia el futuro se afianza en el último salmo del libro, tan importante en la estructura del Salterio. David es el elegido de Dios, afirmó uno de los salmos iniciales del tercer libro (78,71-72). En el último salmo Yahvé ratifica su alianza con David (89,5). Esta palabra no puede ser desmentida por el curso de la historia, porque Yahvé no violará su alianza, ni cambiará sus promesas (v. 35). Quien así habla es Yahvé, cuyo trono está sostenido por la Justicia y el Derecho, cuya presencia va precedida de la Misericordia y la Fidelidad (v. 15). ¡Qué enorme contraste entre esta promesa y la situación actual! «Pero tú, encolerizado con tu Ungido, los has rechazado y desechado; has roto la alianza con tu siervo...» (vv. 39-46). Esta derrota, pese a todo, ya no ocasiona la ruptura de Dios con el hombre, sino que origina una unión más estrecha con Él. ¿Es acaso la humillación y la derrota condición necesaria para que el “hijo de David” comience a reinar? Pagado el precio debido, el libro cuarto celebrará la llegada de un reino universal, cuya gloria llena la tierra.

Conforme a los títulos del cuarto libro, tan sólo a tres de sus salmos se les asigna autoría: el Sal 90 es atribuido a Moisés; los Sal 101 y 103, a David. El título precede a otros tres salmos (92; 100 y 103). El resto son “huérfanos”: la exégesis judía no les buscó autor ni les puso título alguno. El Sal 90 es el único atribuido a Moisés, acaso por la experiencia religiosa celebrada en el salmo, tan parecida a la de Moisés en el Horeb. El hombre pecador sabe que está ante Dios: «Pusiste nuestras culpas ante ti, / nuestros secretos a la luz de tu mirada» (90,8). El Eterno y el Santo, cuyo fuego ha prendido en el ser temporal y pecador, no devorará al que se acerca a Él, sino que él lo protegerá con su gracia y lo guiará con su luz (90,13-16). Así lo reitera Sal 91,14 y Sal 92,14. No es el momento, sin embargo, de reposar la mirada en el hombre, sino de dejar el puesto a Dios, cuya realeza es celebrada reiteradamente en el libro cuarto.

Dios es reconocido como rey del universo (Sal 93,1). En el ejercicio de su soberanía reta a lo creado, incluido el hombre. Grande e inexpugnable puede parecer la fuerza del mal; mucho más potente es Dios (Sal 93,4). ¡Que el hombre acate la soberanía divina! Si no se pliega, si no se arrodilla y adora a Dios-rey, el hombre no será conducido al reposo (95,11). Lo creado se regocija ante Dios-rey, se alegra y vitorea «delante del Señor que llega, que ya llega a regir la tierra»

(96,13). También los dioses se postran adorantes ante el «Altísimo sobre toda la tierra, / encumbrado sobre todos los dioses» (97,9). La voz de la creación se une en armoniosa sinfonía para celebrar la victoria de Dios sobre el mar; es decir, sobre la muerte (Sal 98). Es el Dios tres veces santo, «entronizado sobre querubines» (99,1.3.5.9), ante el que resalta sobremanera la pequeñez y la condición pecadora del hombre (Sal 90), como he dicho anteriormente.

Los malhechores quedan excluidos de la ciudad de Dios; los leales, por el contrario, son acogidos en el nuevo reino (Sal 101). El hombre justo, por tanto, reina junto con el Dios-santo. Si el hombre ha de reinar con Dios, que es inmortal, la muerte ha de ser vencida. Si al menos la descendencia del orante no permaneciera en la presencia de Dios, la alianza del Eterno sería falaz: «Los hijos de tu siervo tendrán una morada, /su descendencia subsistirá en tu presencia», leemos en el último verso del Sal 102. Aún se requiere algo más: el hombre vinculado con Dios ya no puede renunciar a la eternidad, ya que el amor que le une con Dios es eterno. El salmo siguiente celebra una vida de íntima relación con Dios: «Él rescata tu vida de la fosa, / te corona de amor y de ternura» (Sal 103,4). El Sal 104 puede leerse en este contexto –un reino de vida, de paz, de amor y de justicia– como un retorno al paraíso perdido. El nuevo Adán goza contemplando una creación pacificada y pacífica. El trabajo deja de ser castigo; es, más bien, una tarea diaria encomendada al hombre, en cuya acción se continúa la actividad divina. El caos amenazante y destructor ha sido domado; las bestias salvajes, sometidas; la muerte es el destino reservado tan sólo a los malvados. El hombre rehabilitado y la creación renovada entonan un cántico gozoso: «¡Gloria a Yahvé por siempre, / goce Yahvé con sus obras» (104,31ss). Ha triunfado el amor; tal como se pedía en el salmo céntrico del libro, apelando al recuerdo divino: «Se ha acordado de su amor y su lealtad / para con la casa de Israel» (98,3). Tal es el reino/reinado de Dios.

Los dos últimos salmos del cuarto libro, con temática histórica, apelan seis veces al recuerdo divino: Yahvé se acuerda de su alianza (105,8; 106,45), de su palabra sagrada (105,42); se le pide «Acuérdate de mí...por amor a su pueblo» (106,4). Al hombre se le pide, en contrapartida, que recuerde las maravillas divinas, «sus prodigios y los juicios de su boca» (105,5); pero los hijos de este pueblo «no se acordaron de tu gran misericordia, / se rebelaron contra el Altísimo junto al mar Suf» (106,7). Si es lícito leer estos dos salmos finales desde la

perspectiva de aquellos otros centrados en el reino de Dios, nos hallamos ante el claroscuro de la realidad: Dios recuerda y el hombre no se acuerda. Dicho de otro modo, el Sal 105 es un cántico extasiado ante la actuación de Yahvé a lo largo de la historia santa, toda ella regida por el poder divino. En este salmo todo es luz, que se va difundiéndose al ritmo marcado por la promesa y el cumplimento. A lo largo del Sal 106, por el contrario, van desfilando los pecados cometidos por Israel desde Egipto hasta la llegada a la tierra: siete pecados cometidos de una frontera a otra. Una vez que el pueblo de Dios ha llegado a la tierra y ha tomado posesión de ella, continuó pecando. El salmo, pese a todo, no finaliza con la destrucción del pueblo, sino que Yahvé «por ellos se acordó de su alianza, / se enterneció con su inmenso amor» (106,45). Este recuerdo divino origina una súplica enardecida y apremiante: «¡Sálvanos, Yahvé, Dios nuestro, / reúnenos de entre las naciones, / para dar gracias a tu santo nombre / y honrarnos cantando tu alabanza!» (106,47). La última palabra en el nuevo reino será el inmenso amor de Dios.

Este apresurado recorrido, buscando la tónica dominante de los libros tercero y cuarto del Salterio, no nos ahorra acercarnos a cada uno de los treinta y cuatro salmos que comento en este tercer volumen, aplicando el mismo método ya conocido por el lector de los volúmenes primero y segundo, que han sido publicados por la editorial Desclée De Brouwer. Que el lector atento juzgue si es atinada o no la síntesis hecha en esta presentación.

COMENTARIO

SALMO 73 (72)

LA JUSTICIA FINAL

¹ *Salmo. De Asaf.*

¡Qué bueno es Dios para Israel,
el Señor para los limpios de corazón!

- ² Por poco se extravía mis pies,
casi resbalan mis pasos,
³ celoso como estaba de los perversos,
al ver prosperar a los malvados.
⁴ No hay congojas para ellos,
sano y rollizo * está su cuerpo;
⁵ no comparten las penas de los hombres,
no pasan tribulaciones como los otros.
⁶ Por eso, el orgullo es su collar,
la violencia, el vestido que los cubre;
⁷ su gordura rebosa malicia *,
de artimañas desborda su corazón.
⁸ Se sonríen, hablan con maldad,
hablan altivamente de opresión;
⁹ ponen en el cielo su boca *,
y su lengua se pasea por la tierra.
¹⁰ Por eso mi pueblo va tras ellos:
sorben con ansia sus palabras *.
¹¹ Dicen: «¿Va a saberlo Dios?
¿Lo va a saber el Altísimo?».
¹² ¡Así son, éstos son los malvados!,
tranquilos y acumulando riqueza.

- ¹³ ¿Así que en vano purifiqué mi corazón,
lavé mis manos en señal de inocencia,
¹⁴ aguanté golpes todo el día
y correcciones cada mañana?
¹⁵ Si hubiese dicho: «Hablaré como ellos»,
habría traicionado a la raza de tus hijos.
¹⁶ Me di entonces a pensar para entenderlo,
pero me resultaba harto difícil.
- ¹⁷ Hasta que entré en el santuario * de Dios
y acabé entendiendo su destino:
¹⁸ los pones en el resbaladero,
los empujas a la ruina.
¹⁹ De pronto quedan hechos un horror,
desaparecen consumidos de espanto:
²⁰ como un sueño al despertar, Señor,
al levantarte desprecias su imagen.
²¹ Cuando mi corazón se avinagraba,
cuando se torturaba mi conciencia *,
²² estúpido de mí, no comprendía,
sólo era un animal * ante ti.
- ²³ Pero yo estoy siempre contigo,
me tomas de la mano derecha,
²⁴ me guías según tus planes,
me conduces tras la gloria *.
- ²⁵ ¿A quién tengo yo en el cielo?
Estando contigo no hallo gusto en la tierra.
²⁶ Aunque se consuman mi cuerpo y mi mente,
tú eres mi roca, mi lote, Dios por siempre *.
- ²⁷ Los que se alejan de ti se pierden,
aniquilas a los que te son adúlteros.
²⁸ Pero mi bien es estar junto a Dios,
he puesto mi cobijo en el Señor
a fin de proclamar tus obras *.

V. 4 Lit. «perfecto» conj.; «a su muerte» hebr. (texto mal cortado).

V. 7 «malicia» versiones; «ojo» hebr. Otros: «sus ojos brillan de felicidad.

V. 9 Otros: «Su boca se eleva contra el cielo.